

Martes 11 de Noviembre de 1919

EL PALACIO DEL AHORRO

Es acaso el edificio más suntuoso y sin duda el de peor gusto de Santiago; pero tiene solemnidad, magnificencia y cierta atildada compostura que hace recordar la silueta de nuestro ex-canciller. El parecido es tan flagrante, que al mirar la fachada, sobreviene el deseo de dar vuelta a la manzana para ver si también el edificio lleva una mano en la espalda, en actitud meditativa, buscando entre los faldones de la elegante levita, la solución de algún grave problema internacional.

¿For qué no encontrarla allí? Los intelectuales, para dar una idea al público de la profundidad de sus lucubraciones, acostumbran retratarse con una mano en la mandíbula. Esa es también la actitud del "Penseroso" de Miguel Angel y "Le penseur" de Rodin; pero ¿de cuándo acá la ciencia ha demostrado que el mentón sea fuente más fecunda de conceptos que las últimas vértebras de la espina dorsal?

Y en todo caso, cada cual busca inspiración donde la encuentra.

El edificio de la Caja Hipotecaria, no lleva mano alguna puesta atrás. El parecido con su respetabilísimo gerente, don Luis Barros Borgoño, es solamente por el frente; pero no cabe duda, que su suntuosa construcción ha sido ideada con la mano puesta en él sitio de la meditación y ha surgido como por ensalmo, de entre los faldones de la levita irreprochable.

El palacio de la Caja, como algunas de nuestras personalidades, tiene, mucho menos fondo, que apariencias. Todo está allí arreglado, sin embargo, para producir un momento de alivio, a los esquilados deudores que concurren a pagar sus dividendos con la correspondiente comisión, o los subidos intereses penales. Se respira allí, no sólo holgura, sino suntuosidad, riqueza, lujo.

El elegante mosaico, compite en magnificencia con los mármoles policromos, incrustados de bronce, las armoniosas pinturas de Pedro Subercaseaux, que por desgracia sólo pueden admirarse tendiéndose de espaldas en la imponente escalera, y los prolijos tallados en obscura madera en que el minio y el oro ponen una nota aristocrática y arcaica.

Un ascensor del mas puro estilo colonial, movido por fuerza eléctrica, conduce al visitante a las majestuosas oficinas de los altos, en que a la coloreada luz de los cristales, se vé la noble talla de los muebles estilo español antiguo, "y del dorado techo se admira, fabricado - del sabio moro en jarpe sustentado".

La primera impresión del deudor, es que lo va a recibir un funcionario de casulla o por lo menos de jubón de terciopelo; pero sucede en este caso, como con el gigantesco cofre colonial del vestíbulo, que a la postre resulte ser un ascensor eléctrico, Los funcionarios reciben de anacrónica chaqueta, entre los escudos heráldicos de las paredes y bajo las aureas tallas del artesonado.

Pero el ligero desencanto estético que amarga por un instante el fantástico sueño de opulencia en que el deudor se vé arrullado, cede a la impresión más fuerte de pagar los intereses...

Sólo entonces, el deudor, se da cuenta de la profunda ironía que resulta de la comparación de sus apuros y estrecheces, con el suntuoso palacio que alberga la institución a cuyo éxito cooperan día y noche los deudores.

Afortunadamente, para él, la magnífica casa, ha sido hecha por otros y para otros...

Los ricos mosaicos, los costoso mármoles, las puertas talladas, el edificio, en suma que ha costado más de dos millones de pesos, ha sido construido, para la Caja de Ahorro y costado con las economías de los imponentes.

!Qué brillante lección de economía, y de buen orden en los gastos, emana del magnífico palacio!

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile